

Las anticipaciones al cristianismo

La mayoría de las singularidades del esenismo se explican por exageraciones del judaísmo ortodoxo. El puritanismo que quería sustituir los sacrificios con ofrendas, himnos y pureza de corazón, es la última palabra del antiguo profetismo. Muchas niñerías esenias que nos hacen sonreír son aún actualmente preceptos judíos o reglas de aseo musulmán. La ley, observada farisaicamente, hacía la vida imposible. Era lógico que para no arriesgarse a violarla, se retiraran al desierto como Juan Bautista, o a monasterios, como los esenios.

El esenismo viene a ser el superlativo del fariseísmo, la perfección del judaísmo, como más adelante la vida religiosa fue la perfección del cristianismo.

¿Existía en aquella aparición tan original alguna influencia extraña que explicase ciertos rasgos que desentonan a primera vista en el judaísmo? Estos rasgos se reducen en el fondo a bien poca cosa, y casi todas las particularidades cuya razón se ha querido buscar en el parsismo,

en el budismo y en el pitagorismo, proceden (excepto tal vez la magia y la angeología, de origen persa) de los falsos colores de Josefo o de una germinación natural del judaísmo. El mismo celibato, cosa poco judía, se motivó por una exageración de la idea de pureza legal, y acaso de las ideas mesiánicas como en los primeros cristianos.

No se debe buscar hacia atrás, en lo pasado, sino hacia adelante los parentescos del esenismo. El cristianismo no es más que un esenismo que ha tenido completo buen éxito. El espíritu es el mismo, y cuando se encontrasen el discípulo de Jesús y el esenio, habrían de creerse hermanos.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX estuvo de moda explicar el cristianismo únicamente por el esenismo. Jesús fue un esenio que desarrolló ciertos aspectos de la secta y creó un grupo aparte. El evangelio no fue más que una redacción de la moral esenia. Un problema capital se elevó contra semejante hipótesis: en la literatura cristiana de los siglos I y II no hay una palabra que recuerde el nombre ni la existencia de aquellos solitarios. El mismo Juan Bautista forma parte de la gran familia verdaderamente israelita de los profetas, de los agitadores religiosos, pero no depende de ninguna orden religiosa. Su ascetismo es el de Elías, el de los antiguos profetas que vivían con frecuencia en el desierto, no el de un hombre formado por una regla.

Es dudoso que el esenismo y el cristianismo tuvieran comercio directo, pero los parecidos son profundos. Resulta que cerca de doscientos años antes de Jesús hubo un intento serio para sacar las consecuencias morales del judaísmo y para desarrollar el fruto de la predicación profética que no realizaba el fariseísmo puro, reducido a la observación de la ley. Produjo esto un ascetismo conmovedor, pero condenado anticipadamente a morir porque no tenía los medios de transformarse que poseyó la obra de Jesús. Plinio, que conoció la secta como curiosidad, la juzga con su buen sentido de hombre de mundo. Era una sociedad imposible. Todo se limitó a un paraíso fugaz, del que no se debe hablar mal, puesto que el respeto a la naturaleza humana se llevó hasta la puerilidad y probablemente hizo dichosos a los asociados.

En los lugares donde el esenismo fracasó, surgirá en adelante el cristianismo. El ideal del hombre dulce, «poseedor de la tierra», fue bosquejado por el esenismo. Jesús irá más adelante. De la *Thora* y de los profetas, sacará el amor. El pudor inquieto del esenio, con sus precauciones ya casi jansenistas, le preocupará poco. Jesús es expulsado del templo, como los esenios, o más bien se expulsa a sí mismo, porque tiene una idea demasiado exaltada del culto preferido por Dios. Pero Jesús no atiende gran cosa a la pureza material y le preocupa poco el sábado. En el cristianismo, el mesianismo no es más que la levadura imprescindible para la masa: desaparecido ese fermento, queda una regla de vida muy superior al esenismo. Pero el esenismo tuvo una prioridad de unos doscientos años. Demostró por primera vez qué tesoros de fe, de ingenuas creencias, de desprecio del mundo, de caridad y de amor a la pobreza encerraba el judaísmo. Se separó del fariseísmo legal y pareció vaticinarle su escaso porvenir.

Según parece, el esenismo sólo se desarrolló en Palestina. Los piado-

sos cenobitas vivían preferentemente en las aldeas, para evitar el contacto con la corrupción ciudadana. Su número se calculaba en cuatro mil. Había esenios en Jerusalén, donde una puerta llevaba su nombre, sin duda, por estar cerca de su barrio. En el siglo I de nuestra Era vivían cerca de Engaddi y en la ribera oriental del Mar Muerto. Allí los localizan Plinio y Dion Crisóstomo, considerándolos el primero como casos de locura melancólica, y el segundo como utopistas que encontraron la dicha a su manera. Filón y Josefo se enorgullecen de ellos, como de compatriotas que han realizado en la tierra la vida perfecta, el ideal de una existencia sin necesidades y sin deseos, la completa moderación de las pasiones, la sobriedad absoluta. En el tiempo de las grandes persecuciones romanas, hubo algunos que sufrieron el martirio con valor admirable. En los siglos II y III se los encuentra todavía, pero apenas reconocibles entre las confusiones y disfraces de los heresiólogos cristianos.

La tradición rabínica les favoreció. Casi no se hablaba de ellos, y se les trataba como a extraviados. La filosofía moderna ha ido demasiado lejos, al ver en ellos a una secta casi profana, de ascetas libres, más próximos a Pitágoras que a Moisés. Fueron judíos; su ciencia fue quimérica; negaron el amor. Pero su tentativa de sustituir el sacrificio sangriento con el himno y la vida santa, tentativa repetida con mejor éxito por el cristianismo, era un progreso. Su Santidad se perdió en pequeñeces. No mataron a la Ley y los mató ésta. Pero nada suple a la madurez de los tiempos. El momento en que Israel había de dar su fruto, que era el culto puro, no había llegado aún.